

**E.
HARO
TEGLEN**

Después de la lista

EL GOBIERNO DE SIEMPRE

SALIO la lista y decepcionó. No podía ser de otra manera; tampoco podía ser otra lista, y habría sido la misma aunque contuviera otros nombres del movimiento gobernante: una lista de UCD, un Gobierno de UCD para un Parlamento de UCD. Otra cosa es que el país ya no corresponda exactamente al dominio de UCD, si nos atenemos a los resultados del referéndum de Andalucía, a las elecciones del País Vasco y de Cataluña. Aunque estas últimas nos revelen una continuidad en la tendencia conservadora de los votantes. En realidad, lo que van indicando las elecciones sucesivas es un crecimiento del abstencionismo; está siendo un país de abstencionistas. Todo lo cual refleja una tendencia general en la Europa de Occidente: crecimiento de las abstenciones, crecimiento del conservadurismo. Pero con un dato muy grave: es en lo único en que España se parece a Europa occidental. En todo lo demás, las variaciones son notables. El número de parados en relación con la población activa es mucho más alto; las tensiones sociales entre trabajadores y empresarios crecen; el producto industrial desciende mucho más de prisa, como crece la inflación. El terrorismo aumenta en el Norte; el fascismo aumenta en Madrid, en Castilla, no sólo en cuanto a capacidad de acciones legales, sino en agresividad callejera, en asaltos, en tumultos. La represión en materia de costumbres, la elección de sistemas de enseñanza, son muestras de unas diferencias considerables con la organización de la sociedad en toda Europa. Y mientras procura zafarse, como puede, de la línea belicista del Presidente Carter, España —el Gobierno— la sigue atentamente. Todo ello nos va configurando como un país más próximo al Tercer Mundo que al conjunto de naciones desarrolladas (hay otros datos más en ese sentido: el consumo, la cultura, la importación de tecnología, la productividad baja, etcétera).

A todo ello responde la nueva lista, con los nombres de "remodelación" o de "reajuste", que ciertamente corresponden más a la realidad, vistas sus consecuencias, que al de crisis. Es un problema del movimiento llamado UCD, que, después de todo, no ofrece grandes diferencias formales con el Movimiento inventado por Franco: una reunión de familias políticas, de tendencias diferentes, unificadas en una vocación: la ocupación del poder, la estabilidad de una nueva clase política y la perpetuación de unas clases sociales.

LAS críticas de la oposición se centran en que el cambio no resuelve nada. Praga Iribarne: "El jueves por la noche nos acostamos con tres crisis (económica, social, política) y hoy, viernes, nos acostamos con cuatro: la crisis del partido de Gobierno". La izquierda está aún más irritada y señala, unánimemente, la "derechización" del Gobierno. No es una novedad. El Gobierno viene acentuando esa inclinación a la derecha por lo menos desde que ganó las últimas elecciones. Queda dicho, antes, que la

opinión pública del país parece no corresponder ya al dominio de UCD tal como se hizo en las últimas elecciones; no es que haya variado el país, es que ha variado UCD en este tiempo. Era algo que estaba inscrito en su código genético: nació para eso, se consolidó para eso, aun a pesar de la buena fe centrista de algunos de sus sectores, que son los que ahora se consideran defraudados. Tuvo que contenerse durante el período llamado constituyente, ampararse en pactos y consensos, producir una imagen en el interior y en el exterior. Ganó con esa imagen unas elecciones y rápidamente comenzó a dejar ver su verdadera naturaleza. La lista que se produce ahora, después de casi un mes de angustias y de cabildeos, al borde ya del viaje del presidente a Siria y Arabia, a diez días del supuesto debate sobre política general en el Congreso —el tiempo justo para



José Pedro Pérez-Llorca, uno de los ministros clave de la "remodelación", al jurar su nueva cartera.

acostumbrar a los nuevos ministros, para dar a los que han cambiado de cartera una noción de lo que tienen entre manos— no indica que el Gobierno vaya más a la derecha, sino que ha ido más a su propia naturaleza de derecha y necesita producir los cambios que la ajusten a lo que ya ha ocurrido. La palabra reajuste es perfectamente descriptiva.

HABRA que considerar que la sorpresa emitida por la izquierda y sus denuncias de que la lista es "un fraude al país" (Santiago Carrillo) corresponden, sobre todo, a su idea general de que la situación de urgencia de España (todos los sectores políticos coinciden en considerarla como grave) hubiera requerido alguna forma de coalición, de pacto o de compromiso, incluso a la italiana. Una cuestión que



Con la nueva "lista" detrás y el próximo debate en lontananza, el presidente Suárez viaja a Siria y Arabia. En la foto, con el primer ministro sirio, Abdul Rauf Al Kasm.

hace tiempo que está fuera de lugar. La derecha —gobernante, parlamentaria y extraparlamentaria— no considera a la izquierda lo suficientemente fuerte como para pactar con ella: pactó en los primeros momentos, cuando lo creía todavía necesario y cuando ello contribuía a legalizarla, y aún tiene la noción —errónea— de que pagó un precio demasiado caro. Se considera lo suficientemente fuerte como para apurar su legislatura y, desde luego, como para ganar las próximas elecciones. Su manera de contemplar las cosas, tal como se viene viendo ya, es la de acentuar el peso del poder sobre las rupturas que se están produciendo y que se van a producir en el país. No sólo no considera necesario pactar con los partidos de la izquierda, sino que a Suárez le parece inútil pactar con la propia izquierda dentro de su movimiento: la elimina, la quita valor y peso.

SUÁREZ cuenta con algunas circunstancias para este proceso. Cuenta con un entenebrecimiento de la situación político-militar del mundo, que, en efecto, se va acentuando velozmente, aunque pueda variar después de las elecciones en los Estados Unidos; cuenta con que también van a empeorar las coyunturas económicas mundiales, con una tendencia mayor a los Gobiernos fuertes y muy conservadores; examina la tendencia electoral mundial; considera que la mayoría moderada de España va a seguir exigiendo una política de defensa de sus intereses y en que hay un renacimiento de viejas morales. No le falta un apoyo de lo que la oposición llamó una vez "poderes fácticos". Todo ello le fortalece en sus posiciones: no va a cambiarlas. Se avencinan días muy difíciles para los predicamentos éticos de la democracia, para una serie de libertades formales.

El próximo "fraude" que puede experimentar la oposición es el del debate de política general. Quizá todo ello le sirva de experiencia, y para abandonar sus ideas fijas de pacto o coalición, de aproximación al poder desde dentro o desde fuera del Gobierno; quizá le sirva también para advertir que no va a suceder la "crisis de Estado" que anuncia repetidamente, ni la verdadera crisis de Gobierno que ahora o que ahora le defrauda: ni elecciones generales anticipadas, a menos que se produzca un acontecimiento espectacular. Podría servirle para darse cuenta de que lo que tiene que representar es una esperanza clara de alternativa, pero no para ahora, ni en lo inmediato; una esperanza por encima de lo coyuntural o de la mera maniobra. La forma en que está siendo deteriorada la democracia y el crecimiento implacable de ese deterioro desde el momento en que se quiere gobernar a un país fuera ya de la voluntad mayoritaria, señala el camino más claro para la configuración de esa alternativa: una respuesta verdaderamente democrática. ■

Los
CoNteM
poRa
ñEoS

NIXON, V. I. P.

NUESTRO tiempo ha creado un título insólito y ambiguo: el de VIP, o "very important person", según el coloquialismo americano. Se puede acceder a ese tratamiento por muy distintas vías: por una vida sexual desordenada, a condición de que se produzca dentro del mundo VIP, caso de cualquier "play-boy", o "play-girl"; por haber asaltado una Embajada en algún país desesperado; por cantar bien ópera, por tener la testa coronada, por haber estado en un manicomio soviético o por tener el Premio Nobel. Richard Nixon se ganó este título por haber trucado las elecciones en las que fue elegido Presidente de los Estados Unidos, por haber sido expulsado de esa Presidencia en olor de escándalo, por haber hecho palabra común el nombre propio de Watergate. Ha venido a España para vender su propio libro: parece que ha cobrado entre un millón y dos por este viaje. Se dice que un poco más de lo que cobró Kissinger al suyo.

Llega con la fama del hombre que se equivocó siempre. Temblemos al oírle decir que la guerra mundial no se producirá hasta dentro de cinco años: puede pasar mañana. Es un profeta descalificado. Y es, también, una paradoja de nuestro tiempo: la paradoja del ascenso continuo como consecuencia de los errores, las equivocaciones y las faltas. En los Estados Unidos, las personas se dividen siempre en dos categorías "loser", o perdedor, y "winner", o ganador. Nixon fue siempre considerado como un "loser", pero misteriosamente cada nueva derrota le producía un ascenso inmediato, aunque a veces tuviera que pasar purgatorios largos. Así llegó a Presidente, hasta que se produjo la última gran derrota: su expulsión, su "impeachment", que supone un descrédito total.

Lo cual le valió entrar en el paraiso dorado de los VIP. Ya está fuera de toda crítica: porque la filosofía que acompaña al VIP es precisamente esa, que haga lo que haga cuenta con la sonrisa, los flashes, las cámaras, la atención de quienes le rodean, las salas de honor de los aeropuertos, los ramos de flores, las suites especiales en los hoteles.

Quizá todo ello sea justo. Las "very" important persons han hecho nuestra época, aunque la hayan deshecho. Son la cara, por dura que sea, de este tiempo; la cara que se refleja ya para siempre en las revistas especializadas en seguir sus vidas y andanzas, que son precisamente las que más se venden; en España y en todo el mundo. Son los protagonistas de un tiempo revuelto, donde la ética se ha roto, y están ya por encima de toda crítica. Incluso las críticas les sirven. Un escritor español lo presintió hace tiempo: "Lo importante es que hablen de uno aunque hablen bien", decía, con un sarcasmo realista. Nixon ha tenido la gran suerte de que, durante toda su vida, hablasen mal de él: por lo tanto, ha triunfado en toda la regla. Ya tiene el pedestal suficiente para decir quiénes son los buenos y los malos —en su libro, en sus declaraciones— y para aleccionar al mundo sobre lo que ha de hacerse. Las sospechas, más aún, las convicciones, se han quedado suficientemente atrás en su vida. Es un VIP. ■

POZUELO